Pu Songling

Yao An

Traducción y nota de Allan Barr y María Donapetry

El placer de ver un cuento de Pu Songling publicado en español en Vuelta *117 (agosto, 1986) se vio enturbiado por los errores de la versión francesa con que trabajó el traductor de* Vuelta *y que resulta indigna lo mismo del autor del siglo XVII que de los lectores de la revista. Ya en el título ("El letrado Fung–yang") hay un error de comprensión del original chino. Fung–yang no es el nombre del héroe (anónimo en el original), sino el de un distrito en la provincia de Anhui, no muy lejos del condado de Baoying, donde Pu Songling pasó varios meses en 1670–1671. Así pues, no es "El letrado Fung–yang" sino "El letrado de Fung–yang". Otros errores son igualmente serios. El cuento de Pu, un notable análisis de la angustia femenina, presenta los acontecimientos desde el punto de vista de la mujer exclusivamente, pero la traducción a veces cambia insensiblemente el punto de vista al del letrado, perjudicando así la unidad narrativa de la obra. Muchas líneas son poco más que una paráfrasis de la prosa original, y detalles pertinentes se omiten inexplicablemente. "Mujer, ¿quieres ver a tu marido?" aparece como "¿Quiere ver a su marido?"; "Ella apremió a una adormecida criada para que se levantara y sirviera a los invitados" se vuelve "La joven llamó a una sirvienta"; "una enorme copa" se traduce como "otra copa"; "el susurro de las hojas del plátano" se convierte en "un murmullo".*

Esta indiferencia ante los matices y sutilezas del original tiene consecuencias desastrosas cuando el cuento llega a su punto culminante y la angustiada esposa acierta a oír a su marido mientras éste comete adulterio. Una traducción más precisa de este pasaje podría leerse como sigue: "Tan pronto como ella se acercó a la ventana, los sonidos de 'nubes que se desgarran y lluvia que repiquetea' podían oírse vagamente. Cuando volvió a escuchar, oyó a su marido describiendo con todo lujo de detalles sus posturas acostumbradas y su comportamiento cuando hacía el amor con él". "Las nubes y la lluvia" de las que Pu Songling habla son un circunloquio común en la literatura china que alude al acto sexual. La traducción publicada hace un resumen insípido que no transmite en absoluto el horror de este momento: "Escuchó, adentro, un ruido apagado que no le dejaba lugar a dudas y, al escuchar con más detenimiento, reconoció a su marido en sus recuerdos íntimos".

Sería mejor que las traducciones al español guardaran una relación directa con el original chino y no se presentaran al lector filtradas a través de la lente de otro idioma. Presentamos pues aquí nuestra versión de otro cuento de Songling, "Yao An". Estudio de los celos y su castigo, no es su obra más representativa, pero pone de manifiesto la penetración psicológica típica de este autor. El texto en el que basamos nuestra traducción es la versión definitiva de Liaozhai zhiyi, *ed. Zhang Youhe (Shanghai, 1962), pp. 1123–1124.*

Yao An, natural de Lintao, era un hombre de apariencia agradable y bondadosa. El Sr. Gong, otro residente de la zona, tenía una hija llamada Lu'e, una joven educada y asombrosamente atractiva. Sus padres ya habían rechazado varias proposiciones de matrimonio y su madre decía a la gente, "No aceptaremos ningún pretendiente al que le falte abolengo familiar y un porte elegante que se pueda comparar con el del Sr. Yao".

Cuando estas noticias llegaron a oídos de Yao, persuadió a su mujer para que se asomara al brocal de un pozo y entonces la empujó. Así fue como acabó casándose con Lu'e. Aunque formaban una pareja fiel, su belleza provocaba los celos de Yao. La observaba tras puertas cerradas y le pisaba los talones dondequiera que ella fuera. Una vez que Lu'e estaba a punto de salir para visitar a sus padres, él levantó los brazos de modo que su túnica le cubriera los codos como una capa, con ella tapó a su mujer y de esta guisa la escoltó. En cuanto ella se sentó en el palanquín, él selló la puerta y la siguió detrás llevando su caballo al trote. A la mañana siguiente insistió en que Lu'e lo acompañara de vuelta a casa.

Su mujer no podía tolerar estas restricciones y gritó indignada: "¡Si de verdad quisiera tener una cita amorosa, estas mezquinas precauciones no lo impedirían!". Cuando Yao tuvo que acudir a una reunión en otro lugar, confinó a su mujer en la habitación. Furiosamente ofendida por este encarcelamiento, esperó a que se fuera y después hizo que pusieran otra llave en el cerrojo para agravar deliberadamente sus sospechas. Cuando Yao vio esto, se indignó y exigió que le explicaran cómo había aparecido aquella nueva llave. "¡No tengo ni idea!", respondió ella provocándolo. Yao, ahora presa de sospechas todavía más graves, impuso un sistema de vigilancia aún más rígido. Cierto día volvió de un paseo y se puso a escuchar a escondidas durante algunos minutos antes de dar vuelta a la llave y abrir la puerta, cuidándose en

extremo de no hacer ningún ruido. Una vez se hubo deslizado sigilosamente dentro de la habitación, vio una silueta acostada que se extendía a lo largo del lecho, un sombrero de hombre con piel de martas escondía la cabeza del durmiente. En un arranque de celos empuñó una espada y atacó a su víctima decapitándola de un poderoso golpe. Cuando miró de cerca, descubrió que era su propia mujer, que había sentido frío mientras se echaba una siesta y se había cubierto la cara con las martas. Lleno de horror, pateó angustiado por el remordimiento. El suegro, indignado, presentó una denuncia y el magistrado arrestó a Yao, lo despojó de las insignias de graduado e hizo que le apalearan. Yao se libró de una muerte segura sólo vendiendo sus tierras y sobornando a unos y a otros con las ganancias.

Desde entonces su mente se volvió confusa, como si alguna facultad vital se le hubiera perdido. Cierta vez que estaba sentado solo, vio a su mujer acariciándose obscenamente con un hombre barbudo en la cama. Desaparecían en cuanto él se precipitaba furiosamente contra ellos espada en mano, pero aparecían tan pronto como él volvía a sentarse. Encolerizado, asestó un golpe a la cama, cortando por la mitad edredón y colchón. Blandiendo su arma con beligerancia, tomó la posición de centinela al lado de la cama y vio a Lu'e de pie frente a él, mirándolo con una sonrisa en los labios. Desaforado, sacudió la espada degollándola de un tajo, pero en cuanto se sentó, la mujer apareció de pie fija en el mismo sitio, sonriendo como antes. Por la noche, cuando apagaba la vela, oía los jadeos de excitación sexual, indecibles por su obscenidad. Día tras día ocurría lo mismo hasta que ya no pudo soportarlo por más tiempo, así que vendió su casa y la propiedad, planeando irse a vivir a otro lugar. Aquella misma noche un ladrón entró en la casa por un agujero que había hecho en la pared y se escapó con el dinero de la venta. Después de esto Yao era demasiado pobre para mantenerse y murió amargado. La gente del lugar lo enterró en una tumba improvisada.

El Historiador de lo Extraño dice así: "¡Matar a la primera mujer por desear la nueva es sin duda cruel! El sabía que el nuevo espíritu había vuelto para perseguirlo, sin darse cuenta de que era el espíritu anterior el que ya le había arrebatado el alma. ¡Ay del que se corta los dedos para acomodar el pie al zapato!, ¿qué otra cosa podrá esperar sino la muerte?".

